

VIVIR EN UNA COMUNIDAD FRATERNA

INTRODUCCION

La vida religiosa, excepto en el caso de los ermitaños, es siempre una vida en comunidad. No se trata de un hecho impuesto por las necesidades de la vida práctica sino que está inscrito en el proyecto mismo de nuestra vocación. La mayor parte de nosotros descubrimos la llamada a la vida religiosa al contacto con una comunidad concreta que se nos hizo familiar. Ante el comportamiento de esos hombres que vivían juntos como hermanos reconocimos lo que iba apareciendo como una gracia en nuestros corazones. Nos asociamos a un grupo de hermanos para seguir a Jesús y desde entonces no hemos sido capaces de separar estas dos realidades: Dios y el hermano. El lazo con uno reforzaba el lazo con la otra: lo que hacíamos por uno lo hacíamos por el otro. Nuestro mismo compromiso definitivo en seguimiento de Cristo, nuestra profesión perpetua, la hemos pronunciado entre las manos de un hermano que preside la comunidad como superior.

El nuevo Derecho canónico

En el nuevo Derecho canónico, promulgado el 25 de enero de 1983, hay un canon referente a los religiosos, dedicado a la 'vida fraterna'. Es curioso que va inmediatamente después de los dedicados a los tres consejos evangélicos de obediencia, pobreza y celibato. Esto hace pensar que la vida comunitaria no es menos importante que los tres consejos, y que está en relación directa con el Evangelio. Como introducción, al tema cito el texto:

“La vida fraterna, propia de cada Instituto, por la que todos los miembros se unen en Cristo como en una familia peculiar, debe determinarse de manera que sea para todos una ayuda mutua en el cumplimiento de la propia vocación personal. Por la comunión fraterna, enraizada y fundamentada en la caridad, los miembros han de ser ejemplo de la reconciliación universal en Cristo”. (c. 602).

Quizás las palabras más importantes son las últimas: "por la comunión fraterna, los miembros han de ser ejemplo de la reconciliación universal en Cristo". En este texto, la comunión fraterna aparece como una misión explícita en favor de la Iglesia local y universal.

Un poco de vocabulario

Siguiendo con la introducción, voy a hacer ciertas precisiones de vocabulario.

Fraterna communio (la comunión fraterna) es una expresión muy antigua de la literatura monástica. Cuando aparece por primera vez la vida comunitaria propiamente dicha (que según los datos históricos actuales fue en el siglo IV con Pacomio), el grupo monástico recibió un nombre neotestamentario: *hagia koinônia*: la comunión santa, la santa participación. El término *koinônia* está tomado de los Hechos (2,42): es la descripción tan conocida de la Iglesia primitiva: 'Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión (*koinônia*), a la fracción del pan y a las oraciones'. Los versículos siguientes precisan en qué consiste esta *koinônia*: puesta en común de los bienes, asistencia común al Templo, unidad de espíritu y de corazón, comida en común en medio de la alegría y sencillez del corazón. Y Lucas hace notar que 'gozaban de la simpatía de todo el pueblo': el grupo irradiaba la reconciliación en Jesucristo.

Unos siglos más tarde, en Occidente, san Benito escribe la Regla para la comunidad monástica que se llama *congregatio*. Sería un error pensar que se trata de una Congregación en sentido moderno. En el latín de san Benito, esta palabra está tomada de la Vulgata. En Exodo y Números se emplea este término para designar al Pueblo de Dios en marcha a través del desierto. Es la traducción del término hebreo *Qahal*, que se convirtió en *Ekklesia* en el griego de los LXX y pasó de ahí al latín en el sentido de Iglesia. Así pues, san Benito considera esta comunidad monástica como un acontecimiento eclesial que implica una tarea eclesial.

Dividiré esta charla en dos partes:

- La comunidad cristiana es un acontecimiento eclesial, divino, un lugar de gracia,
- algunos criterios de la comunidad cristiana.

LA COMUNIDAD CRISTIANA ES UN ACONTECIMIENTO ECLESIAL

El mismo Señor construye su Iglesia

Lo primero que hay que subrayar es que la Iglesia de Jesucristo (y todo grupo dentro de ella) está reunida por el mismo Señor. Ya lo hizo notar san Lucas al describir a la primera comunidad cristiana: *"El Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar"* (Hch 2,47).

Esto sigue siendo verdadero hoy. Nadie puede formar una comunidad ni colaborar en su formación basándose en sus propias fuerzas. Se trata de una iniciativa divina: es el Señor quien construye su Iglesia. Tenemos experiencia de ello pues no hemos elegido a nuestros hermanos. En este tiempo de crisis de vocaciones somos incapaces de remediarla con nuestras propias fuerzas. Tampoco a nosotros nos eligieron. Fuimos a llamar a la puerta de una comunidad religiosa porque pensamos que el Señor nos esperaba en este camino del claustro.

La fuerza que une y reúne a la Iglesia, y a toda comunidad en su seno, se halla en Dios y se nos revela concretamente en Jesucristo. Tal fuerza actúa desde los comienzos de la vida pública: Jesús reúne discípulos en torno a El; de El emana una fuerza de atracción que no sólo actúa sobre los que le piden una palabra o una curación sino también sobre ese grupito que abandona la familia y las redes y se adhiere a El para formar el círculo de sus discípulos. Es una reunión todavía provisional, con altibajos y vaivenes. Los hay que se unen a Jesús y que después lo abandonan. Cuando llega la Pasión y muerte de Jesús, el grupo, puesto a prueba, está a punto de sucumbir, como había predicho Jesús: *'Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas'*. Ya recordamos la escena: en Getsemaní huyeron los apóstoles; Pedro, de lejos, siguió vacilante y acabó negando a su Maestro; sólo Juan —milagro de los milagros— llegó hasta el Gólgota.

Pero ese mismo grupo, disperso y desunido, quedará de nuevo reunido y soldado como Iglesia en la muerte y resurrección de Jesús. El mismo Caifás lo había predicho: *'Es mejor que muera uno solo por el pueblo'*. Sobre ello hace notar san Juan: *'Profetizó que Jesús iba a morir por la nación, y no sólo por la nación, sino también para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos'* (Jn, 11,51). Reunir es también el último fruto del acontecimiento pascual, que convierte al mundo en Iglesia. Cuando una comunidad eclesial toma forma en cualquier lugar, es siempre un fruto de la resurrección. Un primer fruto tímido, frágil, en esta etapa en que la tensión entre dispersión y reunión, entre *diáspora* y *ekklesia* constituye un elemento esencial y permanente; pero esto vale también cada

vez que esta tensión es superada de nuevo, provisionalmente y como anticipadamente, en estos débiles signos de Iglesia, de la *ekklesia* de Jesús, que son hoy todas las comunidades eclesiales: diócesis, parroquia, familia, comunidad religiosa.

La Iglesia, plenitud y diáspora

Para formar la comunidad la Iglesia no necesita manifestarse impresionante, importante desde el punto de vista numérico. Más bien, al contrario, todo le fue dado al pie de la cruz. En ese momento, la *ekklesia* se reducía a María, Juan, la pecadora convertida, las santas mujeres; también ese pagano, ese centurión romano que confiesa la divinidad de Jesús; y el buen ladrón, que iba a preceder a todos los demás en el Reino de Dios. No estaban ni Pedro ni los demás apóstoles. Aunque Pedro estaba presente de un modo muy particular. En aquel momento lloraba, totalmente cambiado por la mirada de Jesús. Como en el Gólgota, la Iglesia estaba también en la sala alta del Cenáculo el día de Pentecostés: María, Juan, Pedro, los otros apóstoles y los demás discípulos. En este pequeño núcleo ya está todo dado.

Nosotros no tenemos nada más. No nos es más fácil ni más difícil formar una comunidad cristiana. Nuestra Iglesia conoce las mismas tensiones de antaño que, hoy todavía, son una de sus características. Ella ha recibido ya la plenitud, el 'pleroma'; pero vive en situación de minoría, en la diáspora, en perpetua tensión entre la dispersión y la plenitud. Esta tensión es necesaria y no cesará hasta el fin de los tiempos. Hoy la Iglesia no es nada y, a pesar de ello, a la vez salva al mundo; no vale nada a los ojos del mundo pero lleva la salvación a todos los hombres.

A veces la Iglesia tuvo una tentación (quizás nosotros también): la de hacer estadísticas y, sobre todo, la de darles cierta importancia. El fervor de la Iglesia no se mide por el número de bautismos, comuniones, etc. calculadas con la esperanza de que estas cifras serán tan elevadas como sea posible. De hecho ésta es una forma totalmente errónea de decir algo válido acerca de la Iglesia de Jesús. En el Antiguo Testamento, David fue castigado severamente por un intento semejante. Quería saber cuál era exactamente la fuerza del Pueblo de Dios y decretó un censo. Esto carecía de sentido a los ojos de Dios. La Iglesia, en cierto modo, siempre será pequeña —un poco de levadura en la masa, un grano de mostaza—. Y, sin embargo, es suficientemente fuerte para salvar al mundo entero. La Iglesia es diáspora, dispersión, minoría; y es pleroma: la plenitud de la fuerza de Jesús.

Al fin de los tiempos, cuando Jesús vuelva y Dios sea todo en todos, terminará la diáspora. Jesús nos dice que enviará a los ángeles para reunir de los cuatro vientos a sus elegidos al son de trompetas (*Mt* 24,31). Entonces el pleroma de la Iglesia, su plenitud, coincidirá con el universo, con to-

do el mundo. Sólo entonces no quedará nadie fuera de la Iglesia. Antes de ese momento, cualquier intento de aproximación a ese resultado está condenado al fracaso. La situación de la Iglesia en el mundo es lo contrario de ese sueño. Y esto de acuerdo con el designio salvífico de Jesús. Es verdad que Jesús la envió al mundo para proclamar allí la buena noticia; pero el resultado de esa predicación no será que triunfe del mundo ni que se lo aneje u ocupe su lugar. La Iglesia no ocupará el mundo entero antes de la Parusía. Porque vive en diáspora, en medio del mundo, como un signo escondido, pero revelador, de lo que un día vendrá. Los grupitos de Iglesia que surgen por todas partes y se hacen visibles son signos de salvación y la realizan por lo que son: lugares de caridad, de paz, de oración, de vida divina, de comunión.

La comunidad, signo de gratuidad y de misericordia

De aquí se desprende una consecuencia importante para la situación teológica (si se puede decir) de una comunidad cristiana. ¿Dónde nos situamos en cuanto comunidad? El hombre, abandonado a sí mismo, no es capaz de vivir en comunidad: su situación normal es la vida en diáspora, en dispersión en medio del mundo, separado de los otros y de lo más profundo de sí mismo. Si esto es así, el nacimiento de una comunidad cristiana sólo puede ser don, signo de la misericordia de Dios, anticipo, prefiguración y prego de del Reino que viene, de lo que sólo más tarde será realidad para toda la Iglesia. La comunidad cristiana es siempre algo prospectivo: es una ventana al cielo.

Podemos compararla con la situación del apóstol Juan exiliado en Patmos. Está aislado, sólo sobre su roca, en plena diáspora. Sin embargo, por la fe, está unido a toda la Iglesia. Aunque no toma verdadera conciencia de ello hasta un domingo en que tuvo una visión: se le abrió una puerta en el cielo y contempló el ser profundo de la Iglesia a la que estaba vitalmente unido allí, en Patmos: todos los elegidos reunidos en torno al trono de Dios y del Cordero. Una comunidad eclesial se parece siempre a un domingo: es un momento en que se abre una ventana en el cielo para dar testimonio ante el mundo de lo que ha de llegar un día.

Por eso, una comunidad es 'apocalipsis', revelación. Dice a la Iglesia y al mundo cuáles son los lazos que nos reúnen a todos en Cristo y en Dios. Una comunidad es también 'escatológica': deja entrever desde ahora lo que será plena realidad en el 'esjatón' al fin de los tiempos. De ahí resulta evidente que la comunidad cristiana es siempre un lugar de gracia. Es un prodigio que Dios suscita ya hoy en este mundo. Jamás es obra humana. No tenemos derecho a ella. En cierto sentido, ni siquiera pertenecemos a esta comunidad ni ella nos pertenece. Nos es dado recibirla como regalo de Dios

ante el que debemos permanecer siempre acogedores y al que debemos abrirnos cada vez más.

Pero también vivimos a diario el riesgo de ser excluidos de la comunidad. No porque Dios o los otros nos rechacen. Los otros, como Dios, nos esperan; pero nosotros corremos el riesgo de alejarnos poco a poco de la comunidad. Quizás inconscientemente tratemos de llevar a la comunidad según nuestro estilo. Tal vez nos imponemos demasiado a ella. Quizás con el tiempo ha llegado a ser una parte de nosotros mismos: nuestra obra, nuestro orgullo, un asunto nuestro. Si así fuera, aumentaría nuestro riesgo de ser devueltos a nuestra soledad, como nos hubiera ocurrido ya hace mucho sin la misericordia y la fidelidad inquebrantable de Dios. Ya que toda comunidad cristiana se funda en su amor y su fidelidad.

En el ritual preconiliar para el ingreso en una comunidad monástica, el postulante entraba en la sala capitular y se postraba ante la comunidad. El superior le preguntaba '¿qué pides?'. El respondía: 'La misericordia de Dios y la de mis hermanos'. Esto expresaba bien el sentido profundo de lo que estaba ocurriendo. En toda comunidad cristiana penetramos por la puerta pequeña y, por lo mismo, debemos hacernos pequeños. En el fondo de nuestro corazón, a lo largo de los días, debemos permanecer prosternados de este modo ante nuestros hermanos, en el mismo estado de espera y con la misma petición en los labios: imploramos la misericordia de Dios y la de nuestros hermanos:

ALGUNOS CRITERIOS DE LA COMUNIDAD CRISTIANA

La comunidad cristiana es, pues, lugar de gracia, obra divina, milagro que debemos pedir se realice incesantemente. Entonces brotan unas preguntas: ¿Dónde está la comunidad cristiana?, ¿cómo puedo reconocerla?. O, más concretamente, ¿coincide con lo que hoy llamamos el fenómeno comunitario y con cualquier forma de ese fenómeno? La experiencia de la vida diaria que nos es un poco familiar en la vida religiosa nos hace pensar que no siempre se trata de un milagro. En tal grupo me encuentro más o menos a gusto, más o menos en mi elemento, más o menos aceptado. Todo grupo tiene sus luces y sus sombras. También hay días o temporadas en que me siento como hundido por esos aspectos oscuros. Y me sorprende criticando la vida comunitaria. No siempre soy amable con mis hermanos o con el responsable. Entonces me pregunto ¿es legítimo esto? ¿qué significa? Si la comunidad cristiana pertenece al orden del milagro y de la actividad salvífica de Dios, la crítica ¿procede del Maligno y será como un ataque a la bondad y la misericordia de Dios? Yo no tengo esa impresión al criticar lo que ocurre en comunidad. Incluso siento que mi crítica puede ser positiva y que, a ve-

ces, tengo derecho a decir lo que pienso. Esto demuestra que el fenómeno comunitario y la comunidad eclesial no se pueden reducir totalmente el uno al otro.

Por otra parte es evidente, sobre todo hoy, que no hay ningún grupo que sólo tenga el aspecto negativo, el que es fuente de dificultades. Tiene también un aspecto banal, una estructura totalmente ordinaria, profundamente humana. Gracias a Dios, en nuestros tiempos la sociología y la psicología de grupo nos han dado muchos datos en este terreno. Poseemos una información mucho más amplia sobre su estructura, sobre las normas y usos a los que obedece todo grupo humano como por necesidad natural. Las fuerzas y deseos de cada uno se reflejan también en el grupo y, de algún modo están como anudados en él. Pueden evolucionar positivamente cuando son debidamente orientados en la vida común y en el diálogo. Pero también pueden evolucionar negativamente y trastornar la vida del grupo, demolerla y hacerla casi imposible a la larga. "El infierno son los otros".

Gracias a este mayor conocimiento podemos mejorar la vida del grupo e intentar conducirla por mejores caminos. Un grupo, en cuanto tal, puede estar enfermo, pero también puede curar. Un grupo fundamentalmente sano, que funciona de forma totalmente correcta, puede ser un importante factor de curación en la vida de un individuo. En este caso se ha convertido en portador de vida hasta tal punto que se puede hablar de terapia de grupo porque éste funciona como factor de curación. Son importantes estos datos que nos aporta la cultura moderna.

Surge aquí otra pregunta: ¿qué relación existe entre el buen funcionamiento de un grupo en cuanto tal y una comunidad cristiana, un acontecimiento eclesial? Un grupo, ¿es cristiano y conforme al Evangelio en la medida en que funciona bien en cuanto grupo? Y al revés: si un grupo está inspirado en el Evangelio, ¿funcionará correctamente como grupo por necesidad? Es una pregunta clásica que aparece en otros terrenos: ¿cuál es la relación entre naturaleza y gracia? Nunca es fácil responder a estas preguntas, porque no cabe una respuesta unilateral que zanje entre un sentido u otro. Siempre es delicado expresarlo en abstracto, a nivel de principios. Hablando con propiedad, aquí se impone una 'diacrisis', un discernimiento de espíritus, discernimiento del Espíritu Santo, esa sensibilidad interior que nos da el Espíritu para ver la vida de Dios en nosotros y en los demás.

Ahora bien, esta vida de Dios tiene ciertos signos manifiestos, avalados por la Palabra de Dios en la Biblia y por la experiencia veinte veces secular de la Iglesia. Estos criterios de una comunidad cristiana son:

- la comunidad cristiana se edifica sobre la debilidad humana,
- la comunidad cristiana es un lugar de perdón,
- la comunidad cristiana es un lugar de curación.

La comunidad cristiana se edifica sobre la debilidad humana

Escuchemos a san Pablo en su primera carta a los Corintios:

¡Mirad, hermanos, quiénes habéis sido llamados! No hay muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos ni muchos de la nobleza. Ha escogido Dios lo necio del mundo para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios lo débil del mundo para confundir lo fuerte. Lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios; lo que no es, para reducir a la nada a lo que es. Para que ningún mortal se glorie en la presencia de Dios. De El os viene que estéis en Cristo Jesús, al cual hizo Dios para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención... (1 Co 26-3).

Dios nos ha elegido a causa de nuestra debilidad; y, más concretamente, a causa de nuestro punto flaco, de nuestra más profunda vulnerabilidad, para curarla con su poder y convertirla en piedra angular, en fundamento de su Iglesia. Así actuó siempre en la historia de la salvación. Lo hizo con su Pueblo en el desierto. Pensemos en el Deuteronomio: ¿Por qué eligió a Israel? No por ser un pueblo fuerte, grande o fiel sino por ser el más pequeño, el menor entre los demás pueblos.

Esta pequeñez y vulnerabilidad pueden ser de cualquier tipo: en recursos materiales, en posición social, nombre, capacidad intelectual... Y también nuestra debilidad fundamental, nuestra condición de pecadores, nuestra indigencia de cara a la gracia y la misericordia inagotables de Dios. Precisamente, Dios nos ha elegido por eso, para llevar a cabo su obra con esta herida, con esta debilidad. El la necesita para que su poder, que actúa en la Iglesia, se manifieste en plenitud.

Y esta debilidad fundamental por la que Dios nos ha elegido define también nuestra relación con los hermanos. No nos han aceptado por nuestras cualidades humanas y espirituales. No nos hicieron un examen selectivo para entrar. En una comunidad que vive acorde con el Evangelio nos dieron la posibilidad de entrar con nuestras debilidades, y casi como a causa de ellas. Fuimos aceptados tal cual, como don de Dios. En Cristo Jesús, esa debilidad es un regalo a la comunidad porque toda debilidad revela algo de la fuerza y el amor de Dios.

Tampoco nosotros seleccionamos a los demás según nuestras normas exigentes. Hemos adivinado su debilidad, manifestada día tras día, velada, curada y restaurada por el poder de Dios. De este modo hemos reconocido su pobreza como signo del amor de Dios y hemos podido acogerlos con gratitud como don de Dios.

Cabe preguntar si esto es así, si nos guiamos por estos criterios al admitir a un novicio a la profesión, si no aceptamos a uno por sus cualidades y rechazamos a otro porque creemos que sus defectos son incompatibles con la vida religiosa. Esto es cierto en alguna medida. Pero la verdad determinante es la siguiente: ¿cómo reacciona este hombre ante sus cualidades y defectos? Si se presenta un candidato con muchas cualidades, pero inclinado inconscientemente a imponerse al grupo, podemos despedirlo; incluso diría que debemos despedirlo. Puede haber otro, tal vez con una herencia muy negativa, consciente de sus puntos flacos y, en cierto sentido, reconciliado con ellos y que, por experiencia, sabe que puede confesar incesantemente la misericordia de Dios a partir de esa debilidad; a ese lo aceptamos con agradecimiento porque esta experiencia de la misericordia de Dios se traducirá, pronto o tarde, en una ternura misericordiosa hacia los otros.

Por esta misma razón es importante atreverse a mirar de frente las debilidades del grupo y tener la posibilidad de hacerlo porque ellas son los puntos importantes para su crecimiento espiritual. Tengo tal vez la impresión de que solemos hacer al revés. Ocultamos y velamos cuidadosamente todo lo que puede provocar sorpresa o escándalo. Colocamos a la comunidad en cuanto tal en un lugar muy elevado, la idealizamos y esperamos inconscientemente que todos los miembros alcancen ese ideal. Al que no responda a esta espera se lo deja de lado y, a veces, pierde el amor y la confianza de los superiores o de los hermanos. Es una pena porque por ese medio favorecemos un proceso contrario al dinamismo del Espíritu en una comunidad cristiana que viva el Evangelio. En esos casos la comunidad corre el riesgo de convertirse en una especie de secta que agrupe una élite perfectamente entrenada —‘los puros y los duros’— y que, a la larga, se mantendrá alejada del común de los mortales y de los cristianos ordinarios.

Los principiantes que entran en la comunidad con un ideal exaltado se equivocan sobre la realidad profunda de una comunidad. Creyeron descubrir la comunidad soñada, pero ese sueño sólo existe en su imaginación, en la imagen inconsciente de la perfección de su propio yo. La realidad es muy distinta. Y lo más curioso es que el mismo Dios es quien lo permite y no quiere que responda a la imagen soñada de comunidad ideal. Por eso, todos tenemos que vernos decepcionados por nuestra propia comunidad. Es una decepción inevitable, despiadada, pero saludable. Es una frustración muy instructiva aunque a veces se requiera mucho tiempo para integrarla. Causa una pena insoportable. Nos vuelve amargados, hirientes con los demás, severos para con el grupo. Se juzga y se condena. La crítica se hace cortante como una cuchilla. Se aborrece a todo el mundo, y especialmente a la Iglesia, porque la realidad humana que nos ofrecen no responde al ideal que esperábamos, no es una pantalla tras la que podamos poner a cubierto nuestra debilidad. En los defectos de los otros y en los del grupo percibimos que tenemos las mismas deficiencias. No somos mejores que

los demás ni ellos nos hacen mejores. En realidad, no era esto lo que debíamos esperar. Lo que deberíamos hacer es situarnos junto con los otros en nuestra común debilidad y esperar allí la salvación de Jesús. *De profundis*: desde las profundidades. Porque eso es la Buena Noticia, eso es la Iglesia. Y nada más que eso. Jesús vino para esos pecadores que, de hecho, somos nosotros. No vino para los justos que nos creemos ser, o que esperamos poder ser o poder parecer, bien asegurados en el seno de una comunidad cristiana. No hay Buena Noticia sin el anuncio de que el pecado es perdonado.

Se trata de una desilusión saludable, de una frustración enriquecedora. Así lo entiende Dios. Porque la gracia debe ser gracia y no algo con lo que podamos contar, algo a lo que teníamos derecho si cumplíamos ciertas condiciones. No podemos cumplir ninguna condición. Y éste es el fundamento de toda comunidad que vive reunida por causa de Jesucristo y de la salvación que hay en Él.

Esto es lo primero que tenemos que entender. No se logra por una demostración o por un estudio: es pura gracia. Cuando lo comprendamos, nos será dado inmediatamente aquí y ahora, sea cual sea el grupo en que vivamos. Dietrich Bonhoeffer ha dicho: "Nos es dada la comunidad cuando dejamos de soñar en ella". Y ésta es la Iglesia de Jesús, edificada sobre nuestra debilidad.

Por eso es tan importante que no difuminemos nuestra debilidad ante nuestros hermanos. Pueden aprender algo de nuestros puntos flacos. No todo, pero debemos poder compartir con ellos algunas de nuestras dificultades, sin ocultarlas. No debemos tener miedo a quedar mal, ya que para ellos puede ser un apoyo grande el saber que somos débiles, que estamos lejos de ser unos héroes. Quizás tenía ese sentido lo que conocíamos en nuestra tradición como 'capítulo de culpas' y que ahora no logramos reemplazar adecuadamente. La verdad profunda de un grupo reside en el hecho de que los hermanos se transmitan algo a nivel de falta y de perdón: es la única forma de que Dios se sirve para hacer de ese grupo su sociedad. Esa es la atmósfera evangélica del grupo. En ese encuentro se podría decir que respiramos el aire de Dios, la vida de Dios.

También el superior puede hacer ver algo de su fragilidad, pues también él es un pecador perdonado. Si por casualidad no lo fuera, o creyera no serlo, ya no tendría ningún motivo para continuar como superior, pues no cumpliría la condición indispensable de poder anunciar a los hermanos lo que debe a la misericordia de Dios. Pablo escribía a su discípulo Timoteo: *Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores; y el primero de ellos soy yo (1 Tm 1,15)*. Así confiesa Pablo que él es un aborto entre los apóstoles, y que es indigno de ser llamado apóstol. Por la gracia es lo

que es. Pablo tiene autoridad en la Iglesia porque ha podido experimentar en sí la gracia que, de este modo, puede compartir con los demás.

Lo mismo ocurre con Pedro. Fue el primero en experimentar el perdón de Jesús. A él se le apareció, el primero, el Señor, en el mismo día de la resurrección; a él, que lo había negado. Ya sabéis que es el *kerigma* más antiguo. Cuando volvieron a Jerusalén los dos discípulos de Emaús, les dijeron: "*Es verdad. El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón*". Antes que a Pedro, al que iba a investir de autoridad, se apareció a María Magdalena, la pecadora perdonada: en la mañana de Pascua vio al Resucitado en el jardín y recibió el encargo de anunciarlo a Pedro y a los apóstoles, si bien no la creyeron.

El superior sólo puede serlo de verdad si, en un momento dado, se ha visto situado en el punto débil de la comunidad. Porque en la comunidad cristiana, los más débiles están en el corazón, en el centro de ella. Esto da a esta comunidad un aspecto muy particular, un ambiente propio, muy distinto en su dinámica de la de otro grupo cualquiera que no sea resueltamente evangélico. Porque en todo grupo humano hay un campo de tensiones, hecho de deseos y ambiciones entrecruzadas, que entran frecuentemente en conflicto, pero que deben intentar armonizarse.

En los mejores casos, dichas tensiones se resuelven en la persona del líder, que crea la unidad y la armonía. Todo grupo así constituido jerárquicamente, mira hacia arriba, hacia la cumbre, y se adhiere al líder que es emanación y símbolo del grupo.

Es evidente que, hasta cierto punto, todo esto sirve al tratarse de comunidades que viven según el Evangelio. Y sin embargo... en éstas entra en juego otra dinámica, ya que la pirámide está invertida. El centro de gravedad, el punto focal, es el más bajo, el pequeño, el débil. No se pone la atención en el líder sino que éste, junto con los demás, se preocupa del más débil, lleva al más débil. Es jefe el que mejor puede velar por los más débiles. Según la Regla de san Benito, la imagen del abad es la del buen pastor, que deja las ovejas y va en busca de la perdida, la pone sobre sus hombros y la conduce de nuevo al aprisco. Jefe es el que puede dar prueba del amor más grande, de la mayor ternura. Jefe es el que puede humillarse, hacerse pequeño; el que, como Jesús, puede arrodillarse ante los demás para lavarles los pies.

Lo que voy a decir a continuación es consecuencia de lo que he dicho hasta aquí.

Lugar de perdón y de reconciliación

Escuchemos un breve pasaje de la carta a los Colosenses:

Revestíos, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, soportándoos unos a otros y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja contra otro... Y por encima de todo esto, revestíos del amor, que es el vínculo de la perfección. Y que la paz de Cristo presida vuestros corazones, pues a ella habéis sido llamados, formando un solo Cuerpo. Y sed agradecidos". (Col 3,12-15).

El único fundamento del grupo es la debilidad porque en ella podrá desplegarse la fuerza de Dios. Recordemos aquella colecta latina: *Deus qui omnipotentiám tuam parcendo maxime et miserando manifestas...* Dios manifiesta su omnipotencia, sobre todo, al hacer misericordia y perdonar. Por eso, la comunidad cristiana es una comunidad de perdón. El perdón es la argamasa que nos une porque es la misma vida de Dios corriendo por las venas de la Iglesia. Perdón no es debilidad ni capitulación ante el pecado, ni connivencia camuflada con él. El perdón es la dinámica esencial de la salvación: *Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia*. El perdón es el triunfo del amor, más fuerte que todo pecado. En ese sentido, el perdón edifica, construye.

Sólo Dios remite el pecado, pero su perdón se nos manifiesta a través de nuestros semejantes. No sólo en el sacramento de la penitencia —que es una situación particular— sino de la mañana a la noche en nuestra vida de comunidad. Nós llega por medio de los otros. Y, al experimentarlo, podemos también nosotros transmitirlo a los demás. La vida y el crecimiento de una comunidad están totalmente tejidos por este acontecimiento salvífico que nos trae el Evangelio. A la luz de esta experiencia son secundarias las tareas concretas que debemos asumir eventualmente en cuanto comunidad. Porque *el perdón es la experiencia fundamental de la comunidad cristiana*.

Situarse de este modo en la comunidad, como perdonados por Dios y perdonando a los demás, es un don. No será dado después de largo tiempo. Porque en nuestro corazón hay muchas raíces de ambición, de agresividad, de odio y de destrucción y sólo pueden ser arrancadas a la larga, como fruto del amor fiel y paciente. El mismo Jesús nos descubre los tesoros de amor acumulados en su Iglesia y en el corazón de nuestros hermanos. Y también en el nuestro. Es el secreto de la Iglesia. Y el secreto del corazón de Dios. Nos aman tal como somos en realidad, y no tal como deberíamos ser o como desean que seamos, o como desearíamos ser. Nos aman en nuestra debilidad, en nuestro pecado. Pablo lo dice expresamente: la prueba de que Dios nos ama es que, por nosotros, entregó a su Hijo a la muerte siendo como éramos pecadores. Cuando experimentamos este amor, podemos también transmitir a los demás el amor en el perdón. Cada uno tiene derecho a ser quien es y tal como es. El grupo no le impone un modelo externo como condición previa. Si está cultivado, animado y envuelto por el amor, subirá espontáneamente a la superficie lo mejor y más profundo de él.

Esta *nimia charitas* de Dios, esta profusión y superabundancia de amor que fundamenta a la Iglesia en el perdón, fundamenta también a toda comunidad cristiana. Debe poder circular por ella libremente ya que es la vida del mismo Dios y fuera de esta vida no hay ni Iglesia, ni comunidad, ni amor creador.

De este modo, los pecadores deben tener un lugar privilegiado en la comunidad. Casi diría: un lugar reservado. Se les espera. Es impensable una comunidad cristiana que no cuente con personas deficientes. No es posible, pero tampoco es deseable. La gracia no tiene nada que hacer allí donde el pecado ha llegado a ser absolutamente impensable, o donde se lo esconde completamente. Viviríamos en otro mundo, en un mundo no redimido, un mundo sin salvación. De hecho, viviríamos en una ilusión: la ilusión de los fariseos.

La comunidad cristiana es también un 'lugar de curación'

Encontramos el mismo concepto de antes, que procede de la psicología moderna de grupo. Necesariamente, por su misma naturaleza, una comunidad cristiana cura, por el hecho mismo de estar fundamentada sobre el perdón. Cabe que el grupo cause heridas y que nos revele algunas ocultas. También ocurre con frecuencia que poco después de formar parte de un grupo nos hacen notar nuestras carencias. Pero, por otra parte, al grupo le es dada la posibilidad de delimitar esas heridas y de curarlas en el perdón. Diría que sólo se pueden curar en el perdón. El perdón cura porque supone siempre superabundancia de amor, *nimia charitas*, amor excesivo, loco. Y nuestro pecado no es más que un amor frustrado, decepcionado, agriado; un amor que se ha convertido en odio. Por eso la terapia más radical se da en el encuentro con un amor total, puro, desinteresado —y ese es Dios tal como vive en la Iglesia de Jesús—; un amor que cura, que cuida, que salva, que lleva a realizarse, que edifica.

A veces pensamos que si concedemos fácilmente el perdón empujamos, de algún modo, al pecado. Por eso nos vemos movidos a justificar cierta severidad y rigor en el gobierno. No se pueden cerrar los ojos con demasiada facilidad porque habría abusos. Creo que todo eso es cierto, pero sólo en la medida en que el perdón no nazca de un amor auténtico sino de la condescendencia o la debilidad, que también ocurre a veces. No obstante, aquí sólo hablo del amor auténtico, del que es imagen del amor de Dios. Tal amor es *fuerte* en el *perdón*. El perdón que es gracia y milagro de Dios es constructivo. Sólo podemos transmitirlo si hemos recibido la gracia de permanecer en el perdón de Dios. Entonces podremos comunicar el amor: un amor tan desbordante, incluso para el pecador, que —me atrevo a decirlo— ya no deja atractivo para volver al pecado. Aquí se descubre la fuer-

za irresistible del amor de Dios expresado en el perdón.

De este modo, el amor hace libre: abre la fuente de nuestra verdadera libertad. Sólo obramos libremente en la medida en que lo hacemos por amor, para situarnos en el amor de otro que nos ama y para compartir también nosotros el amor que hemos recibido. Esto es lo que se vive en una comunidad cristiana. Así como podemos curarnos gracias a los demás también podemos llegar a ser libres gracias a los demás. El que se abstiene de condenar a los otros fomenta todo el bien que hay en ellos, los libera de la vergüenza y de los sentimientos de culpabilidad y hace que se desarrolle libremente su ser profundo.

Saint-Exupéry ha escrito: "El amigo es, ante todo, el que no juzga". Esto no significa canonizarlo todo, sino abstenerse de todo juicio como de algo que no nos compete. Más allá, y por encima de todas sus faltas, acogemos al hombre en cuanto tal, al hermano en cuanto tal, en el amor. Encontrará lugar incluso con sus pecados, porque él es mejor que sus pecados. Y nuestro amor se centrará especialmente en esta mejor parte.

COMO CONCLUSION

En esta auténtica libertad humana que surge del amor aparecen también los aspectos mejores del hombre. Quiero decir que ahí brota el don particular de cada hermano, que es algo muy importante. Cada uno de los que vivimos en un grupo que sigue el Evangelio hemos recibido de Dios un carisma extraordinario para edificar la Iglesia, para ser co-fundadores de la comunidad. Cada uno de nosotros tiene algo genial en algún aspecto concreto, mientras en los demás aspectos somos corrientes. Esto que es genial en nosotros es un don de Dios para servicio de los demás.

Eso que tenemos de genial no va ligado a nuestra formación, a nuestros estudios, a nuestros títulos. A veces está a un nivel diferente al de nuestras tareas cotidianas. Sólo el amor verdadero del grupo es capaz de descubrir nuestra aptitud particular. Y para todos nosotros es muy importante ser reconocido por los demás por ese don particular, que quizás no conocemos nosotros mismos y del que, con frecuencia, dudamos.

Para terminar voy a releer el texto de san Pablo y concluiremos con una oración:

"Soportaos unos a otros y perdonaos mutuamente si alguno tiene queja contra otro. Como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros. Y por encima de todo esto, revestíos del amor, que es el vínculo de la perfección. Y que la paz de Cristo presida vues-

très corazones pues a ella habéis sido llamados formando un solo Cuerpo. Y sed agradecidos”.

Señor Jesús, te damos gracias por la gracia que concedes incesantemente a tu Iglesia. Nos has llamado a estar juntos. Tú construyes tu Iglesia en nuestra comunidad. Te damos gracias por nuestra debilidad tan profunda, que sólo Tú conoces y sólo Tú puedes revelarnos. Nuestra debilidad se descubre en tu fuerza. Por eso te damos gracias.

*Abbaye Sainte Marie-du-Mont
Godewaersvelde
F-59270 Bailleul – France*

André-LOUF, ocs

